

ERIC BARONE

LOS PODERES MÁGICOS DE LA BIBLIA

LOS PODERES MÁGICOS DE LA BIBLIA

ERIC BARONE

 editorial**kundalini**

LOS PODERES MÁGICOS DE LA BIBLIA

Derechos reservados en todos los idiomas.
Este libro no podrá reproducirse total o parcialmente por ningún método gráfico, incluyendo los sistemas de fotocopias, registro magnetofónico o de alimentación de datos, sin previa autorización por escrito de los autores.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Copyright © 2012: Eric Barone

Barone, Eric Agustín Roger

Los poderes mágicos de la Biblia. - 1a ed.
- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Kundalini, 2014.

228 p. : il. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-1619-07-8

1. Narrativa Francesa. 2. Novela. I. Título - CDD 843

Fecha de catalogación: 14/01/2014

Buenos Aires República Argentina

ÍNDICE

Prefacio	6
Introducción	12
CAPÍTULO 1	
<i>Los poderes mágicos de la Biblia</i>	23
CAPÍTULO 2	
<i>La Magia Moderna</i>	37
CAPÍTULO 3	
<i>El libro secreto de los Egrégores</i>	58
CAPÍTULO 4	
<i>La vida, la muerte y las doce energías del Universo</i>	71
CAPÍTULO 5	
<i>Batalla por el Superhombre</i>	83
CAPÍTULO 6	
<i>La vidente de los 57 caminos</i>	106
CAPÍTULO 7	
<i>La sabiduría de un pastor de cabras</i>	117
CAPÍTULO 8	
<i>La ciencia de los seres invisibles</i>	135

CAPÍTULO 9

Las 55 dimensiones de Dios 155

CAPÍTULO 10

La misión espiritual 163

CAPÍTULO 11

La religión mágica del encumenismo acuariano 171

Anexo

Sobre los libros de Eric Barone, una orientación 203

DEDICATORIA

Al Magister LIROLUVILUI, sin cuya sabiduría este libro nunca hubiera entrado en nuestra dimensión espacial; a todos los que sufren; a todos los que creen en Dios; y a mi rosal quien, mientras yo escribía este libro, floreció con siete rosas blancas entre sus tallos en cruz.

PREFACIO

En 1971, en Marsella, puerto del sur de Francia, un joven refugiado político que había llegado allí 10 años antes al independizarse Argelia decidió firmemente transformarse en «explorador».

«Pero -se preguntaba- ¿para explorar qué?» Todos los territorios del planeta parecían ya descubiertos, tanto la astronomía como el mundo microscópico habían sido abordados por la alta tecnología. ¿Qué quedaba entonces por explorar?

Siendo un virtuoso músico autodidacta, docente emérito, autor de un tratado de cibernética mental a los 16 años de edad, la decisión de «explorar» tomada por su cerebro -capaz de absorber una enciclopedia en una semana- no debía ser considerada como una fantasía de adolescente, sino más bien como el despertar de un antiguo maestro espiritual encarnado en un joven científico.

Eric Barone sospechaba ya a esta edad que su cerebro funcionaba de un modo distinto de lo normal.

Sentado en un cómodo sillón podía entrar en estado de trance y leer miles de páginas en pocas horas, sin comprenderlas. Y después de varias noches de sueño los libros parecían recomponerse en su mente, con organización distinta. Aparatos desconocidos, nuevas filosofías, medios terapéuticos nunca vistos, dibujos arquitectónicos fantásticos, muebles, y medios curativos, todos como si provinieran de otros mundos.

Le pareció muy natural decidirse a explorar la conciencia humana para intentar comprender lo que ocurría en su persona. La biografía de Edgar Cayce lo iluminó. Se sentía bastante semejante a este profeta durmiente de Virginia Beach que recibía, también durante sus trances hipnóticos, aparatos, medios curativos y diagnósticos de misiones espirituales que ninguna razón lógica podía explicar.

El recorrido de Eric Barone apenas empezaba.

Se volcó a la hipnosis como primer medio para transformar el cerebro humano en un laboratorio. Fue más lejos en este campo que cualquier otro investigador. Llegó a hipnotizar a más de 10.000 personas en Francia para enseñarles a aprender chino, ruso o árabe en dos meses; e informática, medicina, tenis o pilotaje de aviones civiles hasta 10 veces más rápido que lo normal.

Después de haberlo demostrado al público internacional (centenas de emisiones de televisión y radio, y publicaciones en medios de prensa escrita atestiguan sus resultados) creó una pedagogía de vanguardia que permitía tratar al cerebro humano como una computadora y a la computadora como un cerebro humano. Y repentinamente... desapareció.

Había llegado a la conclusión de que la vida pública lo había alejado de su verdadera vocación de filósofo e «investigador de la conciencia». Empezó entonces un largo viaje de experimentación dentro de sí mismo, empleando su mente, su espíritu, su propia existencia como único laboratorio. En esos 10 años, además de revelar centenas de nuevos conceptos (expresados en sus 25 libros) que tarde o temprano revolucionarán la psicología, el arte de vivir, los métodos de investigación científica y, probablemente, todas las ciencias humanistas, Eric Barone logró las vivencias del Despertar Espiritual, lo que supone vivir «la más alta experiencia que la conciencia del hombre es capaz de alcanzar».

Una de las consecuencias más inesperadas de su Despertar Espiritual -que fue autenticado por varios Maestros de la India- fue su extrema capacidad de conexión con los Registros Akáshicos. Apenas

llegado a los 40 años, se transformó en «guía sobre el sendero» para miles de adeptos, consciente de que la memoria central del universo que contienen los registros akáshicos debía tener vías de acceso que no se podían encarar desde un enfoque científico sino religioso. Realizando un extraño sincretismo entre su espíritu de investigador científico y su ciencia espiritual de vivencia propia, logró tecnicificar lo imposible: transformar la intuición (factor olvidado de la epistemología científica) en un auténtico método de investigación fundamental y revolucionar las aplicaciones tecnológicas, no solo desde la física y la matemática aplicadas, sino también desde la proyección de la mente del mismo investigador en las otras dimensiones que conforman el universo (algo apenas más complicado que la *cuadratura del círculo* que utiliza racionalmente lo irracional, como si fuera un método de lo más común para la epistemología).

A Eric Barone siempre le llamó la atención que quienes pretenden haber tenido contactos extraterrestres nunca hayan aportado el más mínimo progreso, por lo menos para mejorar algún medicamento o perfeccionar alguna máquina. Verificó entonces, y demostró al público después, que abrir a los investigadores el acceso a los registros akáshicos implicaba múltiples progresos tecnológicos concretos, registrables, cuantificables, reproducibles en laboratorios y capaces de hacernos alcanzar producciones industriales beneficiosas para la humanidad.

Hay que tomar conciencia de que Barone trabajó sobre los nuevos paradigmas de la ciencia, las nuevas revoluciones de la epistemología e indagó hasta las raíces mismas de la conciencia. El contexto teórico-filosófico en el cual se inscriben sus descubrimientos, es tan novedoso que replantea la esencia y la fenomenología del hombre con un elevado nivel, y contesta preguntas sobre temas que filosofía y religión eluden cautelosamente: «la realidad y sus apariencias», «el hombre», «la materia y el pensamiento», «la definición de la vida y la mecánica de la muerte», «la esencia de la conciencia», «la reencarnación y la eternidad del ser».

A lo largo de estos años, una fuerza lo empujaba a tantas demostraciones concretas: consideraba que si no lograba fabricar medios de

indagación tan decisivos como lo fue el microscopio para la biología, permitiendo continuar las investigaciones en los caminos akáshicos, no habría puesto en evidencia un determinismo, es decir, no habría creado una nueva ciencia, sino sólo generado pensamientos para una filosofía estéril (gracias a una experiencia mística subjetiva, ciertamente valiosa como meta espiritual individual, pero también vacua y sin operatividad para el bienestar de la humanidad).

Cuando leen sus obras, los espiritualistas consideran que, de manera evidente, éste no es el proyecto de una vida, sino el de varias encarnaciones. Sólo el autor y sus maestros sabrán desde hace cuántos milenios realizan esta epopeya, que en esta vida pasa por la encarnación de Eric Barone.

Todas las obras que publica son aplicaciones concretas, que al compás de una vida demuestran, con toda la humildad de un investigador solitario, que el hombre puede viajar en otras dimensiones y, en algunas de ellas, encontrar la puerta y los 20 guardianes de los registros akáshicos. Su obra peca por ser a veces muy técnica y es precisamente el caso de colecciones como *El poder de sanar a distancia*, *Los 20 senderos del Despertar Espiritual*, *Control mental de Acuario* y *Alta magia ceremonial*. No obstante, Barone tiene capacidad de novelista... o de periodista. Nadie sabe cómo, cuándo y dónde fueron los encuentros con extraordinarios iniciados que relata en el presente libro, *Los Poderes mágicos de la Biblia*, el más ameno de su autoría. Seguramente todos nosotros, lectores, estaríamos encantados de conocer a *Ken, el Maestro de la Voz*, o al viejo Conde Francés, guardián de los egrégores, y tal vez a este pastor de cabras, Maestro de la sabiduría...

Es este libro el que el lector debería conocer previamente si quiere entrar, de forma agradable y sin compromiso, en el universo de los maestros-guías de este mundo.

¿En qué se diferencia Eric Barone de los famosos novelistas esotéricos como Coelho, Castaneda y tantos otros? En que, precisamente, se trata de un científico-espiritualista y no sólo de un novelista. Un «espiritualista de la ciencia» cuyos escritos revelan la fabricación de

millares de aparatos, técnicas y medios concernientes a todos los aspectos del ser humano, incluyendo la programación de nuevos softs capaces de penetrar en nuestros estados de conciencia, la pedagogía-bioenergética de vanguardia que redimensiona nuestras posibilidades cerebrales, la arquitectura que sana o la psicoterapia espiritualista que crea un nuevo diálogo de ocho niveles entre el espíritu del paciente y del sanador. Ésta última, por ejemplo, revela al terapeuta los arcanos de las patologías y le permite trazar el organigrama holístico de la salud y la enfermedad mental ubicando al hombre en los nueve planos de su existencia real, además de ayudarlo a encontrar la etiopatía real de las enfermedades manifestadas, sean del mundo visible o invisible, del universo de la bioquímica o de la bioenergía.

A lo largo de la obra de Eric Barone descubrimos paso a paso cómo se van concretando las primicias de la Conspiración de Acuario que Marilyn Ferguson percibió; cómo se cumple el paradigma de Theillard de Chardin, en el que ciencia y religión alzarían el Punto Omega donde debían reunificarse; cómo se encuentra la ecuación unificadora de la psicología; cómo aparece el ecumenismo indispensable, ya no justificado por algún subterfugio político sino por el descubrimiento de la realidad mágica que nos escondieron los textos sagrados.

En pocas palabras, y para concluir: la obra de este investigador empezó seguramente en sus encarnaciones pasadas y hay que suponer que será continuada en sus próximas. Aprovechemos a conocerlo en su presente incorporación en nuestra humanidad, perdonémosle sus excesos de tecnicismo y disfrutémoslo cuando nos acerca textos de acceso fácil y agradables de leer, como en el caso de la presente obra.

Poco tiempo atrás, alguien le preguntó a Barone cuál era su misión espiritual. Después de una larga sonrisa enigmática contestó: «la más importante de mis 40 misiones es atender a cada individuo que lo necesite y lo pida, y hacerle percibir los enfoques de su vida que nadie pudo revelarle, de tal modo que los dos podamos aprender.

Luego, otra de mis 40 misiones es compartir con cada lector los frutos del árbol invisible de la sabiduría que todos somos capaces de ver y pocos capaces de recoger. Mi ambición personal se limita a ser un buen jardinero, poder transformar los infiernos interiores llenos de plantas carnívoras que dejamos crecer en nosotros por el fermento de las neurosis, y mostrar dónde se esconden los jardines paradisiacos que también tenemos escondidos en los valles de nuestra alma».

¿Qué concluir sobre este autor? Como editor me parece imposible hacerlo. Pero como persona sí puedo proponer lo más sencillo: Leerlo, experimentar lo que enseña y recién luego, juzgar...

Mario Pautasso

INTRODUCCIÓN

...o cómo llegó a mis manos esta historia del futuro.

Hay momentos en la vida en los cuales uno debe estar dispuesto a aceptar lo extraordinario, lo imposible, lo fantástico.

Dormía yo tranquilamente en una vieja casa de campo que mi bisabuelo inmigrante construyó en un lugar mágico: El Bolsón. El padre de mi abuelo era un campesino dotado de poderes curativos; le bastaba acariciar la cabeza de un animal enfermo y éste salía del corral renovado. Había emigrado de la Suiza italiana con la esperanza de hacer fortuna en un país nuevo. Luego de varios tropiezos llegó a Bariloche donde cayó en el más profundo de los encantamientos: ¡toda su juventud pasada en las montañas venía a su encuentro!

No le costó mucho decidirse. Juntó algunas piedras con barro y con el “sudor de su frente” -además de un inmenso amor al cielo y a la tierra- construyó en lo más arisco de El Bolsón, en la Patagonia profunda, una casa llena de rincones, altillos, escaleras y, según se decía, túneles. Pero de éstos últimos mi abuela se rehusaba a hablar por miedo de que a nosotros, los niños, se nos ocurriera hacernos los exploradores y terminaríamos perdidos en grutas misteriosas.

En esa casa dormía yo tranquilamente y viajaba en el más raro de los sueños:

Era el amanecer, justo el momento en el cual se levanta el sol según su milenaria rutina. Extrañamente, el disco solar estaba enmarcado por un triángulo “punta arriba” encima del cual tenía plantada una cruz. En ese mismo instante, una llamada telefónica. Me precipité, escuché, y moviendo luego la cabeza con una mueca irónica, colgué diciéndome que era tan solo un sueño y volví a acostarme.

Algo más tarde, pero aún de madrugada, otra vez. Aunque esta segunda vez el ring del teléfono me despertó realmente. Tan raro era todo que salté de la cama y corrí hasta el aparato.

Nuestro teléfono estaba sobre un escritorio al cual yo había ubicado, justamente, frente a la ventana del este. Me senté. Descolgué y miré por el vitral...

Vi el sol apenas saliendo y, justo en su exacto centro, un grupo de cinco ramas desnudas reproduciendo con toda perfección el símbolo que había visto en mis sueños.

Ya en un estado de “trance”, terminé de levantar el auricular y automáticamente respondí: con un “Hola”.

Una voz extraña, con acento extranjero de indefinible origen, me dijo:

“Buen día, le he enviado un primer mensaje en sus sueños, pero usted ha rehusado recibirlo... entonces he decidido llamarlo directamente. Le ruego escuchar sin interrumpirme; dispongo solamente de tres minutos de comunicación. No haga preguntas y no intente saber quién soy. Conténtese con lo que le diré”.

Evidentemente, ante una introducción así, solo un soberbio discutiría.

“Mi nombre es Magister LIROLUVILUI, ¡Escríbalo!...Hace 108 años, antes de que su bisabuelo se fuera de Italia, le obsequié un baúl, un baúl de madera barnizada, lleno de cajones. ¿Sabe usted dónde está?”.

Sin reflexionar le contesté: “¡Claro! Cuando éramos niños jugábamos con mis hermanos en el altillo. Recuerdo que un día me escondí en

ese baúl y de repente me dormí. Me contaron que la familia entera me buscó durante todo el día. Cuando salí, despertando tan inexplicablemente como me había dormido, recibí de mi padre el único castigo de mi vida. ¡Claro que me acuerdo dónde está ese baúl!”.

“¡Bien! Discúlpeme usted con treinta años de retraso, pero yo sugerí mentalmente a su padre que lo castigara para que no pudiera olvidar ese baúl. También quise que usted no lo volviera a tocar hasta este presente año. Se había dormido usted porque la posición planetaria que le autorizaba a abrir ese arca todavía no había llegado”.

“¿Qué quiere decir?”, pregunté.

“En lugar de creer que está soñando y volver a acostarse, tal como lo hizo antes, le pido ir a su altillo, vaciar ese baúl y sacar el quinto cajón de la columna izquierda. Tanteando el fondo del hueco por donde se desliza el cajón, usted encontrará un clavo que apenas sobresale. Con una pinza, agarrará ese clavo y lo arrancará tirando fuertemente hacia sí. Por el momento, va a colgar el teléfono. Dentro de siete días, a la séptima hora y exactamente al séptimo minuto, usted mismo me llamará”.

Ya tendía mi mano para anotar el número sobre mi agenda, cuando lo oí exclamar irónicamente:

“¡No! Inútil es que escriba en su agenda. Recordará fácilmente mi teléfono. A la hora exacta, marque el número cero y deje sonar tres mil trescientas treinta y tres veces exactamente. Le contestaré cuando llegue a esa cifra.”...CLAC...

La comunicación estaba cortada.

¡Qué raro personaje éste! ¿Cómo era que se llamaba?...

Ah sí, Magister LIROLUVILUI. Pero, ¿sería real o parte de un sueño?

En todo caso tenía razón, en vez de volver a acostarme mejor sería que tomara un café y que fuera a verificar qué pasaba con ese baúl.

Pero no fue tan fácil, porque me sucedió la más extraordinaria cadena de contratiempos de toda mi vida, como si el mundo deseara que ese baúl siguiera inaccesible y que volviera a acostarme: primero llamó mi suegra para decirme que quería venir a almorzar, luego descubrí que el colador de café ya no funcionaba (y aunque hubiera funcionado, ayer había olvidado el café en el almacén, a veinte kilómetros), el té ya había sido consumido... por nuestro gato (no es que sea un gato inglés, pero como le encanta jugar con todo lo que olvidamos sobre la mesa, los tres últimos saquitos se transformaron en ratones imaginarios que él persiguió por toda la casa). La llave del altillo no aparecía, el último escalón casi se derrumbó cuando me apoyé en él, el destornillador era demasiado grueso y un martillo fue mi último recurso para vencer la resistencia de la puerta del desván.

Busqué, derrumbé toneladas de polvo, saludé a miles de arañas molestadas en su intimidad, tres ratones dejaron de festejar, un murciélago intentó despeinarme y obligarme a huir, un viejo maniquí que mi bisabuela costurera empleaba para coser jubones y corsés para sus clientas de la burguesía local intentó aplastarme con su peso, y hasta el viejo esqueleto que mi abuelo, médico al fin, jamás se resignó a sacar de su consultorio (aunque él tenía reputación de curar más con sus manos que con la medicina) se interpuso en mi camino.

Finalmente, llegué al viejo baúl aunque con mi amor propio bastante dolorido.

Lo abrí. Estaba atiborrado de viejos libros de medicina mezclados con libros de astrología, ocultismo y de símbolos. Por curiosidad, tomé uno de ellos y miré la fecha de edición: "1873, Napoli". Época de mi bisabuelo. Entonces, constaté que él no era solamente granjero... aunque puede que sí un granjero-filósofo, o un viejo alquimista disfrazado como hombre de pueblo. Arranqué el cajón que me indicó el Magister LIROLUVILUI.

Con palpitations (un poco por miedo a las arañas y mucho por la curiosidad), introduje la mano en el fondo del hueco, siguiendo las

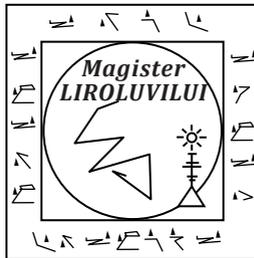
ranuras sobre las cuales se deslizaba el cajón, y encontré el clavo -muy liso, muy sólido- que me habían anunciado. Intenté sacarlo con la mano, pero aquí también él tenía razón. Era imposible. Más rápido que campeón olímpico con su llama, subí con la pinza extraviada en el garaje.

Sostuve el clavo, tiré con fuerza... y un mecanismo echó a andar. Oí una serie de crujidos y la pared del fondo del baúl se deslizó. Una puerta, cuyas ranuras estaban disimuladas por una fina capa de cuero, se abrió rechinando.

Descubrí un casillero en el cual un manuscrito parecía dormir con su sabiduría esperando que un humano lo despierte.

Con mano temblorosa, lo tomé. Su tapa era de cuero, y un sello, finamente grabado en oro, surgió en relieve:

FIGURA N°1: SELLO



“El futuro también tiene una historia, las Crónicas del Magister LIROLUVILUI son la historia del futuro del hombre”.

Algo me llamó vivamente la atención de ese pasaje: me di cuenta de que tenía en las manos un pergamino, un viejo documento de 108 años, que me hablaba de un futuro que también era el mío, (¡el nuestro!). Mi curiosidad hizo que me preguntara inmediatamente por el contenido que tendrían las otras -próximas- crónicas. Era evidente que la que yo tenía entre mis manos era la primera. ¿Quién encontraría las siguientes?

“Dentro de 108 años el hombre estará en el umbral de Acuario. Entonces, el Magister develará a la especie humana lo que debe saber para transmutarse a sí misma. Los que sean capaces de descubrir quién es el Magister, ya serán hombres de Acuario”.

Por vanidad, yo ya me sentía “alguien de Acuario” pero una puntada irónica en mi cabeza me obligó a reflexionar: ¿Puedo pretender saber quién es el Magister LIROLUVILUI tan sólo por haber recibido un llamado telefónico a continuación de un llamado “telepático”?

“El hombre de Acuario deberá reivindicar los 33 derechos que la especie humana viola desde hace siglos.

(...)

Deberá curar más que su cuerpo físico, que es el único visible; y tendrá que unificar medicina, psicología y esoterismo dado que son tres cabezas de una misma ciencia que debe ser mirada con nuestros tres ojos.

(...)

Deberá cesar sus luchas religiosas y volver al corazón mágico de las mismas. Corazón disimulado bajo montañas de política, poder y banalidad. Las iglesias de todas las religiones deberán reencontrar la fuente de su creación... Ellas han sido creadas para luchar contra el mal, ¡que lo hagan!, pero sin generar una nueva Inquisición, sino, desarrollando la Magia de Dios, y también el hombre mágico, es decir, el hombre despierto espiritualmente. Se trata de un hombre que por fin encontró en él, el verdadero reflejo de Dios. (...) El deberá ampliar su conciencia a la totalidad de la Tierra, porque ni un solo hombre del mundo de Acuario deberá sentirse feliz mientras haya aunque sea un pueblo que continúe sufriendo. (...) El hombre de Acuario no tendrá más un cerebro adormecido, encarcelado en un cuerpo atrofiado. Él deberá despertar todos sus poderes, todas sus capacidades, todos sus medios. Y así hará como el feo gusano de seda que entrando en su capullo de inconciencia se transmuta en hermosa mariposa. El hombre debe dejar de arrastrarse y empezar a elevarse”.

Entonces, totalmente atolondrado por estas revelaciones, comprendí algo: solo pasaremos a la era de Acuario a costa de una reforma total de nosotros mismos, de nuestra vida, y seguramente hasta del más mínimo detalle constituyente de nuestro bienestar y malestar.

Al continuar leyendo descubrí que este libro del Magister LIRO-LUVILUI contenía treinta y tres de las que en lenguaje moderno llamamos “visualizaciones” pero que en el manuscrito figuraban como “actos del espíritu sobre el espíritu”.

Me pregunté a mí mismo el para qué de tanto misterio por solo algunas visualizaciones, pero rápidamente descubrí que había algo más en ellas; que tenían algunas cualidades especiales y muchas rarezas.

Estas visualizaciones tocaban nuestros problemas más fundamentales tanto en lo ordinario y cotidiano como en lo trascendente. La salud, la psicología, la vida social, lo espiritual. Hasta la moderna parapsicología estaba implicada en ellas.

Hasta ese momento, y hasta hoy incluso, jamás encontré un manuscrito que pueda pretender ser tan holístico como ese.

Al analizar detalladamente estas visualizaciones, fui notando que evocaban a animales fantásticos (caballos de seis patas, cuadrúpedos con tres cabezas, peces de fuego), lugares extraordinarios (un planeta ajedrez, un laberinto en una montaña, una gruta en el Himalaya) y, lo más extraño, un lenguaje desconocido en nuestra tierra: HEIDIOBUDIVIOULOT, MABEIMA-BEVEMEJE-VEV, QEQEWELEEZ.

Sospecho aún hoy que este documento, más extraterrestre que humano, contiene una fuerza casi insondable que jamás comprenderemos totalmente.

Empecé entonces a practicar las técnicas indicadas, recordando que mi padre también tenía poderes. Mi madre nos impedía subir al primer piso o hacer ruidos a ciertas horas. Mi padre trabajaba en este mismo despacho donde estoy instalado ahora mismo. Escuchábamos ruidos extraños, y mamá nos decía que papá captaba la

radio. Sentíamos olores magníficos y ella pretendía que él quemaba inciensos para purificar su lugar de meditación. Es verdad que los pacientes hacían cola (también era médico) y venían de muy lejos, a veces desde países extranjeros, para consultarlo. Tenía la reputación de curar lo imposible pero como era nuestro padre, no nos impresionaba.

En verdad, jamás habíamos visto a un parálítico salir caminando, pero sí (y siempre) con su alma en paz. Centenares de cartas agotaban cada semana al cartero que las repartía en bicicleta. Sellos de todos los países se amontonaban en mi colección dando testimonio de que mi padre curaba también a distancia... pero la inconciencia de mi juventud conocía solamente al padre que me ponía sobre mi caballito de madera cuando niño.

Comencé a practicar la técnica de los siete rayos. A mí también me venía la pulsión de curar con las manos. Creí poco al principio. ¿Cómo imaginar que un texto escrito puede transformarse en realidad *de lo real*, en lugar de ser solamente la realidad de lo imaginario! Entonces empecé a acumular energía en mi “lago del corazón”, logrando secar las escaras que a una vecina le provocaba su silla de ruedas. Continué cerrando las heridas de los niños del vecindario, enseñándoles cómo hacer cantar sus células con la palabra: VIKIJOBIIOU. Este libro del Magister LIROLUVILUI me fascinaba cada vez más.

Llegó el séptimo día, la séptima hora y el séptimo minuto. Ingenuamente preparé un grabador de casetes para poder captar la voz del Magister.

Marqué el cero, dejé sonar tres mil trescientas treinta y tres veces. Sorprendido quedé cuando, al sonar la última timbrada, alguien descolgó del otro lado mientras, en simultáneo, se cortaba la luz de mi casa dejando al grabador fuera de uso.

Lleno de vergüenza, sospechando que el Magister ya sabía sobre mi intención de grabar su voz, lo saludé.

“Despreocúpese, dentro de siete minutos su grupo electrógeno volverá a ponerse en marcha.”

Si todavía conservaba alguna duda, fue ese el instante en que se esfumó definitivamente. Enrojecido y en la penumbra escuché más atentamente:

“Ahora tiene en sus manos el documento que había redactado para usted hace 108 años. Le pido dominar cada uno de los conocimientos que ha encontrado. Deberá reunir un grupo de alumnos y con ellos comprobar cada conocimiento sistemáticamente, casi de modo científico (por lo menos, ateniéndose a lo que ustedes llaman ciencia en ésta, su época). Cuando esté plenamente convencido de cada uno de los contenidos albergados por él, deberá publicar este manuscrito. Tendrá que conservar los títulos de cada acción del espíritu sobre el espíritu, aunque le parezcan anacrónicos. Usted titulará este libro “Primera Crónica de Magister LIROLUVILUI” y agregará un subtítulo que diga: “El control mental de Acuario un el hombre al cosmos”.

Pero -le contesté-, hay quienes ya han difundido y publicado sobre control mental.

“Es cierto. Hace varios años influí sus espíritus para -como dicen ustedes- “preparar el terreno”. Les indiqué cómo emplear técnicas de hipnosis de la medicina ayurvédica, de la sugestión y, sobre todo, la famosa visualización que se practica desde hace milenios en todos los grupos iniciáticos de este mundo, en ésta y en las otras dimensiones”.

- ¡Magister! ¿Qué diferencia real existe entre este nuevo control mental y el antiguo? Dígamelo, si no tendré suma dificultad al momento de difundirlo.

“La visualización es un lenguaje particular que el hombre puede emplear para comunicarse con el cosmos y las doce energías que pone a su disposición. Si los símbolos que ustedes emplean están alejados de los símbolos que hacen reaccionar al Universo, éste tardará mucho tiempo en comprender lo que desean. El error que cometen ustedes los humanos es que proyectan las metáforas que produce vuestro inconsciente (uno de vosotros las ha llamado arquetipos) sobre el Universo. Es todo lo contrario de lo que hay que hacer. Ustedes de-

ben descubrir los arquetipos del Universo y adaptar sus espíritus a ellos. Las imágenes de este nuevo control mental hablan al Universo con visiones y sonidos que pueden comprenderse en el acto, aunque quizás sus psiquiatras no alcancen a explicarlos”.

- Magister, creo haber comprendido que usted tiene por misión darnos el “modo de empleo de Acuario”, pero ¿cómo y de dónde van a provenir los próximos mensajes? ¡Este es solamente un inicio!

“Es verdad. La conjunción planetaria del renacimiento ha llegado. A otros humanos con genes similares a los suyos haré descubrir mis próximos mensajes, también redactados hace 108 años”.

- ¿Qué quiere decir con “mis genes”?

“Sus antepasados son de Cerdeña, Malta, Grecia, Asia Central y una parte del Tíbet. ¿Lo sabía? ¿No? En el planeta Tierra actual, en la dimensión desde donde me escucha usted, hay hoy 144.000 personas que han heredado una línea genética similar a la suya. No tiene nada superior a la del resto de la humanidad, ¡que su vanidad se tranquilice!, pero como ha notado estos últimos días, su familia está llena de curanderos y de gente con poderes. ¡El renacimiento en esta misma vida y en este mismo cuerpo es posible! Llámelo “Programa Renacimiento”. El hombre que sufre, el que se busca, el que duda, el que quiere despertar, el que desea escapar de las trampas de la vida en las cuales se ha encerrado, puede a la vez escaparse, encontrarse, despertarse; en una sola palabra: RENACER. Si un hombre desea renacer y descubrir antes de la hora cómo será el hombre de Acuario, que se imponga 40 días de disciplina para practicar este programa. Así habrá aprendido más que a través de todos los libros del mundo, y recibido más que mediante todas las iniciaciones de los hombres. Recuerde finalmente que un libro es una criatura viviente. ¡Respételo! ¡Háblele! ¡Lo escuchará! ¡Escúchelo! ¡Le hablará! Como suele decirse: dé un paso hacia él, y él dará diez pasos hacia usted. La posición planetaria ha cambiado, debo cortar la comunicación. Espere a que lo llame en sueños para volver a telefonarme al mismo número. Se necesitará que sean siempre 7 días, 7 horas y 7 minutos después de su ensueño.”

Colgué el aparato, y de repente la luz volvió en el mismo instante, el magnetófono, irónico, se puso de nuevo en marcha y para no sentirme demasiado estúpido, empecé a dictar todo lo que pude recordar de esta conversación con Magister LIROLUVILUI.

Este libro es el resultado... Si el lector da un paso hacia él, *él dará...*

CAPÍTULO 1

LOS PODERES MÁGICOS DE LA BIBLIA

...o mi encuentro con el monje ciego

Estaba curioseando tranquilamente en esa maravillosa catedral que es Notre Dame de París, cuando un viejito desconocido me abordó y sin preámbulo alguno me entregó un grueso sobre cerrado. Sorprendido tanto por los ojos ciegos del personaje como por su atuendo de sacerdote, ví que mi nombre completo estaba criptografiado en el alfabeto del Magister LIROLUVILUI, que yo ya descifraba tan fácilmente como si fuera mi lengua materna. Antes de que pudiera hablarle, el personaje, surgido de la nada, desapareció detrás de una columna, cerca del altar de la Virgen.

Sólo el Magister, mi Maestro Espiritual al que yo nunca había visto, podía haberme enviado este mensajero ciego.

El paquete contenía dos cartas y un libro.

“Hijo mío -empezaba la primera carta-, te envié al sacerdote ciego para que te entregue un libro de suma importancia para tu humanidad actual.

Verás que el propósito de este escrito se podría resumir así: no se trata más de pedir a la gente que crea en Dios, sino que lo experimente.

Sé que este libro atraerá sobre tu cabeza de autor-filósofo los relámpagos de muchas autoridades eclesiásticas de numerosos países. Pero también sé que muchos prelados se regocijarán en su corazón, muy secretamente, de la materialización de esta obra en una época donde hasta los sacerdotes llegan a dudar.

Es indispensable -antes de que leas lo que te entregó- que conozcas la historia de este personaje fuera de lo común . Sólo así comprenderás cuán grandes son los designios de Dios y cuán cerca están de todos los milagros.

Hace 65 años, en una aldea perdida del País Vasco, en España, vivía un niño que entonces tenía 7 años. Era un niño extraño, tal como puede serlo un introvertido cargado de secretos fantásticos que él solo poseía y temeroso de que el mundo se enterara y lo persiguiera.

El niño ya sabía que su mirada podía leer la mente de los vecinos (de allí provenía su temor); que brotaban de su memoria raros recuerdos de monasterios antiguos ocupados por gente con toga de color naranja y rasgos orientales. A veces, un ruido le recordaba esas trompetas que se oían en las montañas y cada vez que veía una vaca pastoreando no podía evitar imaginar un yak, esos animales con largo vello de las montañas tibetanas.

El niño era la reencarnación viviente de un lama de alto rango espiritual, pero le faltaba saber que existían el Tíbet, los lamas y la reencarnación. Así dejaría de sentirse tan diferente de los demás y no tendría más miedo a la persecución de los ignorantes.

Por otra parte, no era tan diferente de los otros niños: jugaba, cantaba, dibujaba, corría hasta perderse en las montañas, en exploraciones sin fin.

Su felicidad de niño querido iba a durar poco tiempo. Justo en el día de cumplir sus 7 años, su madre lo tomó en sus brazos abrazándolo efusivamente y luego, apoyándose sobre su hombro como si fuera una anciana, se hizo conducir a su habitación, se acostó lentamente en su cama, como tomada por un cansancio de milenios de trabajo,

estrechando su mano, pidió a su hijo que no llorase: “no llores, mi niño, pronto nos veremos tú y yo juntos con los ángeles”. y luego, silenciosamente, murió.

El niño, conmocionado, incapaz de enfrentar tal situación, al ver que desaparecía su único apoyo moral en la vida (su madre era la única persona que sospechaba todos sus secretos pero los guardaba igual que él), vio que la adorada viviente tenía una mirada lejana, sin sentido para este mundo y empezó a oír el brutal silencio de un corazón amado que dejaba de latir... Tan grande fue su tensión emocional, incapaz de llorar y con una sensación de ahogo, que se escapó de la casa. Corrió varios kilómetros para refugiarse en su oasis de paz: una gruta secreta en la montaña que dominaba la aldea. El acceso a esa gruta constituía uno de sus mayores secretos. Su entrada, muy estrecha, apenas suficiente para que se deslizara su joven cuerpo, estaba escondida detrás de la cortina de agua de una cascada.

El niño entró, mojado, temblando de frío, la mente incapaz de pensar, tan grande era la rebeldía de sus emociones, la rotura de su alma, el grito de desesperación de su soledad.

Solo Dios sabe si en ese momento se durmió y soñó, o si fue verdaderamente una aparición la que le habló. El niño miró la pared desde donde llegaba un poco de luz a través de la cascada. Le parecía ver que se formaba un busto humano... una mujer hermosa como la Madonna que miraba apaciblemente a los fieles en la iglesia de su aldea. Medio dormido, el niño observó que los brazos estaban formados por raíces agarradas a la pared. La aparición abrió los ojos lo miró con la misma paz y cariño que su madre. Con una divina serenidad, habló y pronunció solo unas pocas palabras que iban a cambiar toda la vida de la criatura:

“Niño, sé lo que estás sufriendo. Tan fuerte y puro es este llanto interno que Dios mismo te ha oído. Sólo deseo que contestes una pregunta.

Si Dios te otorgara la visión de un ángel a fin de que descubras los paraísos escondidos en los hombres, ¿renunciarías para siempre a ver el mundo de los infiernos que también contiene al Hombre?”.

No tuvo que pensar mucho tiempo. Desde lo más profundo de su corazón brotó la respuesta. -¡Sí!- dijo.

“Entonces ven y arranca esta raíz, debajo de mi cuerpo. Toma lo que encontrarás detrás de ella. ¡Mírala bien porque será lo último que tus ojos humanos verán! Escóndelo en un lugar que tú solo conozcas, y regresa con los humanos durante 72 días. Luego podrás descubrir por ti mismo lo que tendrás que hacer”.

La aparición se volvió nuevamente roca. El joven se desperezó, bostezando, medio exaltado, medio dudando. No obstante, se acercó a la pared, vio las raíces disecadas saliendo de las fisuras. Tal como si fuera un juego de niños, las agarró y las tiró, convencido de que nada pasaría. Pero, al instante, las raíces parecieron saltar alegremente de la pared llevando consigo multitud de pequeñas piedras y dejando al descubierto un profundo nicho que nadie hubiera podido sospechar que estaba allí. El niño se agachó para mirar adentro. Tenía fósforos, prendió uno y vio relucir un recipiente de cristal puesto sobre una piedra redonda tal como las que ruedan en los ríos, con paciencia, durante siglos. También se apoyaba sobre la copa un objeto color bronce de forma sumamente extraña.

Supersticioso, pero profundamente feliz de que Dios le hubiese enviado tal regalo, agarró con suma delicadeza los tres objetos. Empezó a examinar la piedra y vio que estaba grabada con símbolos desconocidos.

Por curiosidad, tomó el tercer objeto y jugó un rato con él. Sin darse cuenta, las memorias de sus encarnaciones pasadas lo incitaron a enganchar su pulgar izquierdo en uno de los orificios. Espontáneamente los otros dedos se posicionaron en las cuatro otras formas geométricas. Repentinamente, un brutal sacudón lo hizo saltar de sorpresa. Era como una enorme inteligencia angelical que invadía su mente con torrentes de conocimientos... y, al instante, comprendió todo: este objeto era una de las llaves de la inteligencia divina.

Con la mirada de un anciano muy sabio, del modo en que un viejo alquimista examinaría la piedra filosofal, escudriñó la roca redonda

y todo le pareció claro. Era uno de los alfabetos de Dios. Al lado de cada uno de los 72 dibujos desconocidos, alguien había grabado una de las letras del alfabeto que él aprendía en el colegio. Era la traducción del alfabeto secreto. A cada dibujo le correspondía una letra, o un número. También había diez cifras y unos símbolos geométricos desconocidos. Aquí la llave no le permitió penetrar en la inteligencia de todos los símbolos.

Más evidente le pareció la copa; ésta estaba esculpida con centenas de esos dibujitos cuya repetición hacía pensar que se trataba de un largo texto de suma importancia. El niño quiso salir de la gruta para intentar ver mejor el recipiente de cristal con la luz de la puesta del sol. Así lo hizo: miró el sol a través de la copa y sorprendentemente un rayo refulgente, un increíble destello pareció brotar del sol y precipitándose a través del cristal, le golpeó los ojos. En ese momento, se hizo la oscuridad más absoluta.

Práctico, el niño supuso que el sol había terminado de desaparecer detrás de la montaña. Miró el cielo, no había estrellas, pero si el cielo estaba nublado eso era normal. Tomó nuevamente su caja de fósforos, prendió uno, oyó el chasquido, olió el azufre, sintió el calor; hasta casi se quemó... pero no vio la luz de la llama. Asombrado, cayó sentado (por suerte) sin dejar escapar la frágil copa.

En ese momento comprendió la frase de la Madonna aparecida:

“Toma lo que encontrarás detrás de ella. ¡Mírala bien porque será lo último que tus ojos humanos verán!”.

¡Estaba ciego! Irremediablemente ciego. Tomó conciencia de que bajo la yema de sus dedos corrían suaves picazones. Intentó mirar, y vio. ¿Pero qué vio? Los símbolos de la copa se formaban en su mente como en un pizarrón de colegio. Aparecían pequeñas criaturas vivientes con formas geométricas que respiraban, bailaban y cantaban. Se dio cuenta de que no podía ver más la silueta de los árboles en la penumbra, pero sus dedos sí leían fácilmente esos símbolos y podía escuchar el sonido de cada letra, cantada como por un coro maravilloso. Retomó en su mano izquierda la llave de sabiduría angelical, tocó suavemente

la copa con su mano derecha y se sintió colmado por una felicidad maravillosa, como si hubiese sido sumergido en un paraíso interno. No sólo sus dedos veían y oían el texto sagrado: también lo podía comprender. Las voces cantaban en un idioma desconocido, pero él sabía que el lenguaje humano se comprendería a través de esa lengua extraña de los sacerdotes. Se parecía un poco al español, francés o italiano, pero no era ninguno de los tres. Se llamaba latín, y era una lengua mágica que agradaba a los ángeles.

El niño escuchó con beatitud el mensaje de la copa y se dio cuenta de que había cerrado para siempre sus ojos terrenales a los infiernos humanos para abrir sus ojos celestiales a los paraísos escondidos.

No hablaba de él específicamente sino de todo ser que cumple su misión espiritual, la que Dios le otorgó antes de nacer para que pueda entonces morir en paz y tener un despertar espiritual. El niño intuyó que su madre había terminado gloriosamente su misión... y que así se fue en paz.

¿Qué misión? pareció preguntarle una voz interior y otra voz le contestó: “¡Dar a luz a tu cuerpo para que el alma de un gran maestro se adentre en ti, luego enseñarte a leer y, por fin, conducirte a esta gruta en este momento, donde un rayo de voluntad divina debía caer sobre un ser humano preparado!”.

El joven quedó perplejo. La voz recalcó: “Recuerda, fuiste el más joven de la aldea en saber leer. Hasta el cura de la iglesia vino a visitarte para ver si era cierto que un bebé de apenas de tres años y medio podía leer la Biblia. ¡Y era cierto! Podías pronunciar las palabras y cuando reconocías que se trataba de un animal o de algún objeto que ya conocías, te reías. ¡Por eso el sacerdote se fue precipitadamente haciendo el signo de la cruz!

Cuando tu madre se despidió de ti, te envió a esta gruta y así cumplió su tercera misión... darte esta copa, la piedra y la llave”.

El niño, conmocionado, no sabía si debía llorar, ser feliz, agradecer a Dios o extrañar a su madre. Súbitamente dejó de sentirse solo,

comprendió que la visión de los ángeles le permitiría siempre descubrir los paraísos y evitar los infiernos. Paz y serenidad bendijeron su mente. Por fin pudo llorar como un niño que admitía que nunca más podría ir a refugiarse en los brazos de su madre, que nadie vendría ya a acariciarlo en su cama por las noches ayudándolo a dormirse con los ángeles, y que por la mañana no habría nunca más un desayuno de leche y pan caliente sobre una bandeja, traído por una mamá cariñosa. Le vino también a los labios una oración para todos los niños del mundo que nunca tuvieron ni madre, ni cama, ni desayuno, y que se murieron de hambre porque el infierno de los hombres conducía más naturalmente a construir armas mortíferas para los inocentes que a construir casas para los niños huérfanos; o a sembrar más pestes en los pueblos pobres que dorados campos de trigo, que harían sonreír a los paraísos internos de los hambrientos.

El niño dejó de llorar... y de ser niño.

Ya sentía sobre sus hombros el peso de la injusticia humana.

Una certeza fue tomando forma en su mente:

“Cuando el niño toma conciencia de la muerte, cuando sufre la rebeldía del deber perecer, llegó el momento en el cual Dios deja de considerarlo como un niño ingenuo sin pecados en el alma. Desde entonces será considerado como un hombre responsable que tendrá toda una vida para demostrar al plano divino que merece conquistar la inmortalidad, es decir, llevar siempre el bolso de su conciencia en el camino solitario de las encarnaciones sucesivas”.

El niño comprendió inmediatamente que era ya un inmortal. Ya había muerto varias veces y había renacido tantas otras. Y su madre también. Así comprendía esas dulces palabras que le susurraba su madre: “Duerme mi hijo, viaja a los paraísos donde te guiarán los ángeles. Sé como un caracolito, recuerda que tu casa te sigue donde tú vas porque tu hogar existe en el corazón de la gente que te veneró a lo largo de los siglos, durante tantas vidas. Tienes una infinidad de hogares en una infinidad de corazones”.

El niño regresó a la caverna tanteando. Enterró cuidadosamente la copa envuelta en una de sus ropas, pero se llevó la llave, más fácil de esconder.

Se fue caminando a la ciudad.

Los médicos que lo observaron concluyeron que su ceguera física era incurable, al menos dentro del límite que conocía la ciencia.

Esperó que se cumplieran los 72 días, tal como le ordenó la aparición. Durante este lapso, la llave que empleaba cada noche en el doble secreto de su alcoba y de la oscuridad, le enseñó qué textos de la Biblia debía recitar cada noche para soñar su misión espiritual. Así cumplía, leyendo el texto religioso en la oscuridad con las yemas de sus dedos. Se dormía cada noche murmurando los versículos, y recibía sus misiones en sueños cada vez más nítidos.

Al término de los 72 días ya había comprendido: fue enviado a esta tierra con el compromiso de revelar a la humanidad los poderes mágicos de la Biblia, para que cada persona pudiese experimentar directamente el poder de Dios sobre los hombres y la naturaleza, luchar contra la maldad y vencer las fuerzas oscuras que destruyen esta humanidad.

Regresó a la caverna dotado de más sabiduría que un anciano eremita tibetano. Con el poder de visión que poseían sus dedos leyó el mensaje de la copa de cristal y descubrió que quien bebiera de su agua, después de haberla consagrado, bebería la sabiduría misma de Dios. Si persistía durante 7 años, 7 meses y 7 días, la sabiduría de Dios habitaría para siempre en su alma. El niño hizo un voto de silencio de esa misma duración, esperando que cuando hablara nuevamente, habría ya bebido suficiente sabiduría divina como para poder cumplir plenamente su misión. Él sabía intuitivamente que los infiernos de los hombres lo iban a hostigar por poseer esta extraordinaria capacidad.

La noche subía en el rincón más escondido del altillo. No necesitaba luz... Allí había instalado su laboratorio de magia bíblica. Ponía

la llave angelical en su mano izquierda, leía el texto religioso y veía en su mente cómo el texto plasmaba ángeles de batalla en la sal recogida del seno del mar, por un lado, y en la tinta china por otro, y luego los dos se unían en una ceremonia del fuego y del agua para expulsar todos los demonios de una persona y reenviarlos al infierno. Sus dedos podían leer un texto impreso en cualquier idioma, con la única condición de que se tratara de la Biblia o de algún otro texto sagrado. Por otra parte, cuando tomaba notas sólo podía hacerlo en este alfabeto del Magister LIROLUVILUI, porque era el único medio por el cual podía volver a leer con sus yemas.

Durante el día cumplía pequeñas tareas domésticas comunes en una granja, pero ya aplicaba sus conocimientos mágicos de la Biblia. Cuando sacaba agua del pozo parecía jugar con ella rozándola algunos instantes, pero nadie hubiera pensado que, en realidad, la consagraba con una frase especial transformándola en agua curativa.

Cuando amasaba el pan familiar, cohortes angelicales venían al murmurar otro versículo. Tan rico era este pan que las familias de la aldea venían a obsequiarle el doble de harina para comprarle un poco de este pan de Dios, el bien nombrado.

En la mañana del séptimo día, después del séptimo mes, al cabo del séptimo año, un incidente decisivo lo hizo salir de su mutismo -que todo el mundo creía incurable- y lo transformó en el hombre de poder más querido en leguas alrededor del pueblo.

El alcalde era un hombre alto, tan adusto que nadie recordaba haberlo visto sonreír una sola vez. Un hombre poderoso, dueño de mucho ganado. Un hombre que parecía malo a fuerza de ser insensible. Justo con los humildes y feroz con los campesinos que explotaban a los peones en forma inhumana.

El alcalde y su esposa tuvieron una hija que el hombre maldijo después de renegar de Dios cuando su esposa murió en el parto. La niña nació doblemente huérfana, de una madre que no pudo sobrevivir y de un padre que la desdeñaría hasta sus 14 años.

A esta edad, justo cuando el niño cumplía sus 7 años, 7 meses y 7 semanas de voto de silencio, una caída mientras andaba a caballo hizo que la adolescente entrara en un coma del cual ningún médico parecía capaz de sacarla.

Apenas lo supo, el joven se precipitó a su casa. Su única amiga en el mundo estaba muriéndose.

El alcalde, que conocía al adolescente ciego, habituado a verlo merendar cada domingo en la cocina en compañía de la hija repudiada, lo recibió a gritos. A gritos y llantos. El hombre acababa de comprender que amaba desesperadamente a su hija y que, por segunda vez, Dios estaba quitándole a su único ser querido. ¡Su hija ya no respiraba! su corazón no latía, su bello rostro de cera ya tenía los ojos cerrados, a causa de la manía de una vieja *nurse*, quién también lloraba por perder una hija criada por ella.

El niño, sin conmoverse por los gritos del padre y los llantos de la enfermera, se acercó para tocar la frente de su amiga. Sus dedos, que veían los paraísos internos, le dejaron percibir que en el centro de la cabeza quedaba un paraíso viviente. El joven ignoraba que se trataba de la glándula pineal. Entonces se dio vuelta hacia el padre, lo miró con sus ojos ciegos, y con la voz de un profeta, una voz que nadie había oído, no una voz de niño o de adolescente en muda, sino de hombre viejo y sabio, dijo al padre:

“Hombre de poca fe, con corazón de piedra, eres más ciego que una lechuza en la luz del sol. Si hago revivir a tu hija ¿La amarás por fin? ¿Cumplirás la promesa silenciosa que acabas de hacer a Dios? ¿Volverás a venerarlo con fe y devoción? ¿Antes de cada amanecer que Él te concediera vivir, irás a obsequiar una rosa a nuestra Virgen María? ¿Irás sin caballo, sin zapatos, en la lluvia y el frío? ¿Caminarás sobre las piedras? ¿Te arrodillarás para subir los peldaños de la iglesia sin preocuparte de las burlas de los incrédulos, esos verdaderos ciegos?”

Con sorpresa, el padre aterrorizado cayó sobre sus rodillas, escondió su rostro entre sus manos, avergonzado por que un niño hubiera

leído lo que él mismo había propuesto a la Virgen en el secreto de su mente y escondido en el bosque de su enojo hacia Dios.

Perdiendo toda dignidad frente a lo desconocido, el alcalde se aplastó sobre el piso como un sacerdote durante la ordenación y con toda su alma torturada gritó “¡Sí!” antes de comenzar a sacudirse espasmódicamente en lágrimas y ponerse a rezar.

La enfermera, menos conmovida, comprendiendo apenas lo que pasaba, como una comadre de mercado, salió corriendo para ir a contar todo a sus vecinas temerosamente agrupadas en la puerta del alcalde. Todos amaban a la hija como amaron a la madre fallecida y todos temían la ferocidad del padre.

Dios quiso que nadie viera lo que hizo el niño y así el misterio de esta casi resurrección fue total durante años.

Con su cuchillo campesino, el niño cortó la cebolla que iba a ser su almuerzo mientras recitaba lo que parecía ser una oración. Colocó luego una mitad sobre la frente de la joven y la otra mitad sobre su ombligo. Con el aceite de oliva que reservaba para empapar su pan negro dibujó un triángulo conteniendo una cruz sobre el corazón de la joven, mientras repetía algunos versículos de la Biblia.

Colocó su mano derecha debajo de la cabeza de la niña y su otra mano sobre el ombligo. Con voz de profeta, mientras el padre sollozaba tomado de las piernas de su hija, él pronunció una frase. Sabía que un ser invisible de la peor especie había entrado por el ojo izquierdo de la joven. Una vieja bruja del pueblo no soportó que la joven desdeñara a su hijo y la maldijo cuando la cruzó en el camino, yendo a caballo. Este último se desbocó, más asustado que la joven, y ella, aunque buena jinete, no tuvo ni tiempo de agarrarse del cuello del animal aterrorizado, y cayó.

Por el poder mágico del texto bíblico, el demonio fue obligado a salir de la glándula pineal donde batallaba contra el último paraíso de vida de la adolescente, y se refugió en el centro de la cebolla. Por el poder del símbolo y del versículo pronunciado, cohortes

angelicales entraron en el corazón de la niña para fortalecer el cerebro de su cuerpo del alma. Tan violenta fue la batalla en el cuerpo que empezaron las piernas a sacudirse. El padre, estupefacto, se refugió en una esquina de la habitación como aterrizado por millares de fantasmas. La niña tosió, y ése fue el momento en que el joven supo que el demonio había salido.

Retiró las dos medias cebollas y fue rápidamente a enterrarlas al pie de un árbol del jardín. “Una vida por una vida”, el alma de ese árbol se desencarnó en 7 días dejando sólo una madera seca y sin vida.

El padre llorando abrazaba a la vez a su hija y al joven salvador. La niña, conmovida por esta primera caricia de su padre, le dijo: “Papá, he visto a la Virgen que me acariciaba la frente. Soñé que me encontraba en un jardín maravilloso donde los árboles conversaban con las piedras y los hombres. Ellos eran transparentes tal como las aguas de los ríos en la montaña. Yo veía a través de ellos, y todos estaban muy atareados. Fabricaban coronas de 7 rosas mientras rezaban esta oración: *‘El que entra en el descanso del cielo descansa de todas sus obras como Dios descansa de las suyas’*. Estaban en paz, pero muy apurados, diciéndome que muchos corazones de los hombres necesitaban estas coronas, para que sus almas retomaran la conciencia de Dios”.

El padre fue invadido por una gran paz interior que nunca más se le quitaría. Su alma comprendió el mensaje. Desde esa fecha, no dejó ni una mañana de recorrer descalzo las 3 leguas para ir al altar de la Virgencita en la aldea, y obsequiar la rosa que él mismo cortaba en su jardín de invierno. Le pedía permiso humildemente al rosal para sacarle una de sus hijas en honor a la Virgen María.

La historia finaliza de la siguiente manera: el alcalde fue el mejor de los alcaldes que conoció el país. Su hija fue maestra varios años, hasta que un campesino encontró sobre un camino el cuerpo del padre, envejecido, el rostro sonriente como habiendo visto a Dios, los ojos abiertos, llenos de una paz que conmovió de respeto a los más ancianos del pueblo. El alcalde tenía en su mano una corona de 7 rosas que él mismo tejió rústicamente para devolver a la Virgen su regalo de paz a un corazón furioso.

La hija comprendió que su sueño y misión espiritual se habían cumplido y se retiró a un monasterio, sobre un acantilado golpeado por el océano. He sabido que murió en un envidiable estado de despertar espiritual.

Desde ese día de la resurrección, el joven no pudo más esconder su extraordinaria capacidad de comprender el poder mágico de la Biblia. La visión angelical que tenía le permitía descubrir en cada una de las frases de cada profeta, dónde estaban las llaves de los paraísos internos de los hombres. Los creyentes, los no creyentes, los ateos y hasta los entregados al demonio conservan todos un paraíso secreto que puede permitir a un ángel rescatarlos.

Él sabía que cada versículo había sido revelado a un profeta por un ángel. Entonces bastaba descubrir, por revelación, cuál texto correspondía a cuál situación, de cuál persona y en cuál momento único del universo. Sabiendo eso, convocar el ángel y solicitar su ayuda era tarea cómoda, al alcance de cada hombre y no reservada a ninguna élite.

En este mismo libro que me entregara este sacerdote ciego, criptografiado con el alfabeto del Magister LIROLUVILUI (porque así eran los símbolos que sus dedos leían en el texto bíblico) descubrí en el primer capítulo llamado “El ojo de Dios”, la descripción de un sencillo espejo redondo y los 10 dados de la voluntad divina que constituyen, justamente, el medio para todo hombre de obtener esta revelación.

¿Cómo termina la historia del anciano ciego? En realidad, nunca terminará. Él mismo me la escribió en criptograma al fin de la segunda carta, junto al libro y a la carta del Magister. Este documento me hará meditar muchos años sobre mi propia vida.

Dijo el anciano: “Después de curar, sanar y despertar a miles de personas que vinieron de muy lejos, me retiré a un monasterio y fui ordenado. Esperaba recibir la instrucción de transmitir este libro. Con suma humildad puedo confiarle que alcancé la eternidad. Supe que debía cambiar de cuerpo para el 15 de agosto de este mismo año. Dentro de 15 años volveré a contactarlo desde otro cuerpo”.

“El Magister LIROLUVILUI dijo que usted debe enseñar la eternidad a los mortales. ¡Apúrese por favor, el tiempo humano es corto! Por este motivo, escribí este primer libro que le entrego. Más adelante recibirá los otros”.

Leí aquel libro, lo traduje y reescribí cada capítulo después de probar yo mismo cada medio de poder indicado. Tres veces pude emplear la técnica de resucitación que conté, y tuve la gracia de que funcionara sobre un bebé recién nacido. Comprendí a través de este milagro que cada hombre tiene de Dios el poder de hacer milagros; y que todo lo que la Iglesia transmite en la misa y los 7 sacramentos no es una mera repetición de tradiciones históricas y de evocaciones metafóricas, sino la más alta magia ceremonial que conoce el hombre. Comprendí que nuestra madre Iglesia es portadora de las soluciones a nuestros peores problemas, pero que debería abrir otro tipo de acción que, en lugar de ser política, constituyera la verdadera escuela iniciática del hombre al conocimiento de los poderes de Dios.

Y tal como lo dijo mi Maestro, nadie más estará obligado a creer o a renunciar a Dios por haber adoptado o no algún dogma, sino que todos tendrán el medio de probar directamente su poder.

Éste es un mensaje del Magister LIROLUVILUI tanto para los hombres de fe como para los incrédulos, para los hombres de bien como para los hombres de mal, para los que no creen ni lo que ven y los que creen todo y cualquier cosa sin verla nunca. Por fin, es un mensaje a la vez para científicos y religiosos, indicándoles que el Punto Omega de la reunión de ciencia y religión ha llegado.